

## LIBRO CUARTO

### GUERRA UNIVERSAL DE VENGANZA DE LOS PUEBLOS

#### CAPITULO PRIMERO

##### EL PUEBLO PRUSIANO EN ARMAS

El día 25 de enero había llegado el rey á Breslau y al día siguiente firmó para su canciller de Estado, que había partido un día despues que él, una memoria que nos da á conocer la completa independencia y la clara firmeza con que había adoptado su resolución belicosa. En ella trataba de la manera de llevar á cabo «el cambio de sistema» desde el momento en que, según la memoria de Knesbeck, se sabía con certeza que no podía contarse con una alianza ofensiva y defensiva con Austria. «El gran ejército ruso, — decía, — que aproximadamente se compone de 100,000 hombres, estará concentrado á principios de febrero, poco mas ó menos, en las orillas del Vístula. Allí hará alto, según parece, para reponeerse de las pérdidas de la primera campaña y prepararse para la segunda, de modo que las nuevas fuerzas, que hemos de aprestar con la mayor rapidez posible, habrán de encontrarse, á lo sumo á mediados del mes próximo, en sus puntos de reunión y estar, aunque solo en parte, dispuestas á marchar contra el enemigo. En mi sentir, hay que aprovechar este tiempo intermedio declarando á Francia, de acuerdo con Rusia, que Prusia se obliga á impedir que el ejército ruso pase el Vístula, para esperar allí el resultado de las negociaciones entabladas con Austria, á condición de que las tropas francesas evacuen los territorios prusianos, se retiren á la orilla izquierda del Elba y restituyan todas las fortalezas prusianas, y á ser posible tambien la de Dantzig, á Prusia, la cual las ocupará con las convenientes guarniciones y no permitirá que en ellas entren ni los rusos ni los franceses, hasta tanto que se haya decidido acerca de si se firma la paz ó continúa la guerra. Inmediatamente se pondría en marcha el cuerpo del general York, con un pretexto magnífico, á fin de unirse en Colberg con Bulow. Si Francia, como es probable, rechaza estas proposiciones, podrá hacerse desde luego causa comun con Rusia excitando á ésta para que avance con toda la rapidez posible. Todas nuestras fuerzas, á excepción de la de las fortalezas y guarniciones, se unirían en este caso á los rusos. Si el rápido curso de los sucesos no permite llevar á cabo esta clase de cambio de sistema; si es preciso tomar una resolución inmediata, sin atender á los proyectos de mediación del Austria, habrá de instarse á Rusia para que, sin pérdida de momento, avance con todas sus fuerzas, y una vez que éstas hayan llegado al Oder, uníríanse á ellas allí, ó en el punto que exigiera el plan de operaciones que ha de fijarse, las fuerzas prusianas. Pensándolo bien, no será

difícil encontrar mas motivos que los indicados para fundar la intimación que Prusia tiene que hacer á Francia (evacuación de su territorio) (1).»

En Breslau era, pues, cosa resuelta el cambio de sistema, á pesar de haberse faltado á una condición que en Berlin era considerada de gran importancia. El rey, que tanta violencia había tenido que hacerse en Potsdam en la cuestión del general York, no temía ya entregarse á extraños actos de publicidad; así es que inmediatamente despues de su llegada mandó restituir sus espadas y los distintivos de sus grados á veinte oficiales rusos que bajo palabra de honor se hallaban prisioneros de guerra y que desde entonces se pasaron públicamente y de gran uniforme por la ciudad, apareciendo mezclados con las tropas prusianas, espectáculo que el conde Zichy encontró en abierta oposición con el sistema hasta entonces seguido por Prusia. Zichy, apenas hubo llegado á Breslau en 28 de enero, tuvo noticia de dos hechos importantísimos: primero, la formación de un comité para el aumento del contingente del ejército, compuesto de Hardenberg, del general Scharnhorst y del coronel Hake (28 de enero); y segundo, el envío de una estafeta á Viena, dirigida á Humboldt y á Knesbeck, para que este último regresara inmediatamente á fin de ser enviado á Rusia á avistarse con el emperador Alejandro (29 de enero).

El conde Metternich sometió la política secreta de Federico Guillermo á una prueba inesperada que pudo ser resistida, despues de lo cual acaeció un suceso de importancia decisiva para la situación de Prusia respecto de Alemania.

Que el rey no quería declarar la guerra antes de tener asegurado el auxilio de Austria y de Rusia, no podía ocultarse á nadie que recordara que esta condición previa venía inspirando toda su política desde hacia seis años, y especialmente en el año último, colocándola en una situación que podía reproducirse si los ejércitos de Rusia hacían alto en las fronteras de Polonia y Napoleon llevaba al Norte un nuevo ejército confederado. Al cifrar las esperanzas en el Austria y al solicitar que esta potencia se pusiera al frente del movimiento, se consideraban tan poderosos los recursos del Estado imperial y tan menguadas las fuerzas prusianas (2) que, de subsistir los primeros cálculos, el fracaso de la alianza con Austria implicaría forzosa renuncia á la guerra de liberación. Esta renuncia, este abandono de todos los planes de guerra y de independencia le fué realmente sugerido al rey por Ancillon, el cual se había formado respecto del Austria una idea

(1) Duncker, págs. 484-485.

(2) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 117.

completamente equivocada, pensando que los pasos que esta potencia había dado en pro de la paz y que habían comenzado con vanas palabras, terminarían seguramente por su alianza con Francia (1). Federico Guillermo hubiera seguido indudablemente este consejo á no haber estado tan firmemente decidido como estaba á hacer la guerra; por esto la negativa de Austria á proporcionar por el momento auxilios no produjo paralización ni mucho menos un retroceso en las resoluciones adoptadas, pues el monarca, en compensación de una alianza que por de pronto no podía conseguirse, se contentó con la seguridad de que al unirse con Rusia no tendría que temer hostilidades por parte del Austria, cuyos deseos secretos, por el contrario, tendían á esta unión. Esto permitía esperar con certeza su futuro ingreso en la alianza. Tal era, por lo menos, la firme creencia que expresó Knesbeck en sus memorias, reforzándola con la relación de muchas manifestaciones hechas por Metternich y defendiéndola á su llegada á Breslau (3 de febrero), con enérgica elocuencia, contra el parecer de Ancillon (2). Federico Guillermo y Hardenberg participaban de esta creencia porque estaba conforme con sus deseos, pues de seguro no la hubieran profesado si no hubiesen querido tan formalmente la guerra. En este caso, aun sin necesidad de que Ancillon abogara por una conducta reservada, habrían encontrado motivos y pretextos para desanimarse en la conducta seguida por Austria. Pero no había indicio alguno que indicara en aquellos personajes deseos de deponer su actitud belicosa: el rey, una vez en Breslau, sintióse libre de toda presión y de toda vacilación, y si alguna vez amigos ó enemigos observaron en su exterior una apariencia de lo contrario, no era esto mas que una máscara que intencionadamente se ponía para mejor disimular.

Entre los primeros pasos que se dieron en Breslau, fué el mas decisivo el llamamiento de Scharnhorst para formar parte del comité del ejército, creado por el rey en 28 de enero. La retirada de Scharnhorst en la primavera de 1812 había sido la prueba evidente de la sumisión de Prusia, pues todo el mundo tenía á este general por lo que realmente era, es decir, por el jefe de los que querían la guerra á todo trance y no se sometían de ningún modo á la influencia francesa. El llamarle nuevamente era indicio de la resolución de rebelarse, y si el conde Saint-Marsan, que á poco de su llegada á Breslau, en 29 de enero, se enteró de la creación de un comité de los tres, hubiese exigido, con amenaza de retirarse, que se separara á un general cuyo nombre equivalía á una declaración de guerra contra Napoleon, no habría hecho mas que lo que un buen defensor de los intereses de su emperador hubiera considerado como natural deber. La omisión de todo paso dado en este sentido no fué mas que un eslabón de la cadena de omisiones que la corte de Prusia tenía que agradecer al conde de Saint-Marsan desde el principio de su misión y que hoy solo podemos considerar como consecuencia casual de una incomprensible ceguera. Aquel piamontés no sentía como un francés y no obraba como hombre que creyera en la estrella del emperador.

El día 3 de febrero firmó el rey un decreto sobre la formación de divisiones de cazadores voluntarios, del cual se prometía que al ser promulgado no sería interpretado en el sentido del sistema francés. En las instituciones militares constituía una dificultad el ponerlas en consonancia con la marcha política: en las unas no ha de omitirse nada, en la otra nada ha de precipitarse (3). El decreto no se publicó

(1) Memoria de Ancillon, de 4 de febrero de 1813. *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 163.

(2) Memoria de 6 de febrero. *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 167.

(3) Esto explica ciertos hechos como el que consigna Hardenberg

en seguida, pero cuando apareció en Breslau, en 8 de febrero, coincidió con un acto político que aproximó notablemente el rompimiento público.

El día 8 de febrero se enviaron secretamente al coronel Knesbeck instrucciones y poderes plenos para firmar con el emperador Alejandro una alianza ofensiva y defensiva, tomando por base un proyecto redactado por completo (4), y el día 9 penetró Knesbeck en el cuartel general ruso. De este viaje ni del punto á donde se dirigía no se hizo ningún secreto, como se había hecho del viaje á Viena: lo único que se disimuló fué el objeto, pues Hardenberg dijo á Saint-Marsan que Knesbeck llevaba el encargo de obtener del emperador Alejandro el reconocimiento de la neutralidad de Suecia, tal como Francia la había reconocido en el tratado de 24 de febrero de 1812 (5), y la cesación de los trastornos políticos que el barón de Stein se permitía promover en la Prusia oriental y con los cuales, valiéndose de su influencia y de su infatigable actividad, amenazaba producir una rebelión en toda la provincia. Saint-Marsan se opuso desde luego á este plan, diciendo que este viaje ningún provecho había de reportar, antes al contrario, había de ser perjudicial, porque el emperador Napoleon sospecharía otros motivos de los que se aducían y sentiría renacer con mayor fuerza en su ánimo la desconfianza que lo de York había despertado y que no había aun desaparecido del todo. A pesar de esta oposición, aunque sin misterio alguno, Knesbeck partió á cumplir su misión, creyendo entonces el conde Zichy que Napoleon no sería tan cándido que, — teniendo en cuenta el acto de York, el viaje del rey y el envío de Knesbeck, — no calculara con seguridad matemática la hora en que terminaría su poder sobre Prusia.

El día en que partió Knesbeck, firmó el rey un segundo decreto militar que suprimía para mientras durara la guerra las exenciones del servicio de las armas que hasta entonces habían regido. Este decreto apareció en la *Gaceta privilegiada de Silesia*, correspondiente al miércoles, 10 de febrero, que reprodujo tambien el decreto del día 3; y mientras las corrientes de sublevación agitaban los ánimos en todo el país, el rey y el canciller estaban impulsados por una fuerza que violentamente les arrancaba del banco de arena de la política ambigua en que hasta entonces habían permanecido. El día 12 de febrero el rey se atrevió á rasgar el velo que hasta aquel momento había ocultado sus relaciones con el general York, publicando una orden del día para el ejército en que decía: «Las justificaciones y las memorias que del teniente general York he recibido, me han convencido de que se ha visto impulsado y obligado á firmar la capitulación convenida con los rusos en parte por las circunstancias y, sobre todo, por las órdenes del mariscal duque de Tarento. Como prueba la mas enérgica de mi confianza no debilitada, he confiado al general York el mando supremo de todas mis tropas de Prusia y de Pomerania, y así lo pongo en conocimiento del ejército (6).» Al día siguiente de esta reposición de York, apareció un manifiesto, fechado en 10 de febrero,

en su *Diario*, al decir con fecha de 4 de febrero: «Negocios y conferencias militares: dificultades con S. M. El rey no sabe á punto fijo lo que quiere. Decidido á abrazar el partido ruso, considera siempre difícil dar á las instituciones y esfuerzos para la guerra la dirección que sería necesaria.»

(4) Las actas en *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 183.

(5) El artículo XI decía: «Las tropas francesas ó aliadas podrán atravesar y ocupar las provincias prusianas, excepcion hecha de la Alta Silesia, del condado de Glatz y de los principados de Breslau, Oels y Brieg. No penetrarán ni en esta parte de Silesia ni en los países que no formarán parte de las líneas de operación.» Martens: *Nouveau recueil*, tomo I (1817), pág. 419.

(6) Duncker, pág. 491.



que en un solo y sencillo párrafo demostraba que los dos decretos de armamento, el del 8 y el del 10, habían tenido un éxito que superaba á todas las esperanzas (1). El llamamiento del 3 de febrero comprendía á los jóvenes de 17 á 24 años hasta entonces exentos del servicio militar, y el edicto del 9 había suprimido para esta edad todas las exenciones existentes. La juventud hasta entonces exenta del servicio de las armas pertenecía á la clase media de las ciudades, á las clases instruidas é ilustradas, á las mercantiles é industriales, todas las cuales contestaron al llamamiento del rey con un movimiento unánime, como si todo el pueblo fuese un solo cuerpo dotado de una sola alma. La excitación de los que habían cumplido ya 24 años y que, por tanto, no estaban llamados ni como voluntarios ni como soldados forzosos, fué tan grande el día en que se publicaron los edictos, que el canciller de Estado se vió precisado á manifestar públicamente que al fijarse la edad del servicio solo se había querido determinar el límite del tiempo que debía durar la obligación, pero que en manera alguna se había pretendido excluir á los que teniendo mas años quisieran servir como voluntarios. Difícil era hacer creer que este llamamiento á las armas no tenía mas objeto que aumentar el cuerpo auxiliar del ejército imperial. Napoleón no sospechaba todavía toda la extensión de esta medida cuando hizo escribir á Saint-Marsan que era preciso poner término á la gran leva que se hacía en toda la Prusia con oficiales en quienes no había que fiar, con lo cual aludía indudablemente á Scharnhorst. El canciller de Estado tranquilizó al conde de Saint-Marsan diciéndole que el rey tenía necesidad de armarse para estar seguro de que la neutralidad de Silesia no sería impunemente violada; pero cuando Saint-Marsan advirtió que en 13 de febrero se pedía, para proteger mas esta neutralidad, un armisticio en virtud del cual los franceses hubieran de retirarse detrás del Elba y tuvieran que evacuar y ceder á los prusianos las fortalezas del Oder, y cuando vió, además, que se prohibía al general Bulow recibir de los franceses órdenes, porque se decía que el darlas correspondía únicamente al rey de Prusia, opinó que el emperador Napoleón no podría menos de creer que todo esto era el paso decisivo para el rompimiento de la alianza con Francia y que tomaría venganza de este paso firmando con Rusia una paz particular cuya consecuencia sería la repartición de Prusia. Al oír esto, Hardenberg, dejándose llevar de la indignación del momento, soltó por vez primera los frenos del disimulo y de su pecho se escaparon las siguientes palabras: si el emperador Napoleón intentara repartir este país, encontraría aquí una segunda España, dispuesta á toda clase de sacrificios; el rey, rodeado de sus leales súbditos, sabría defenderse mientras le quedara un soplo de vida contra sus injustos agresores. En estos términos refería Hardenberg la escena á Zichy, el cual se figuró toda la ira que Saint-Marsan habría expresado en la comunicacion que por la noche había remitido á París. No tenemos á la vista esta comunicacion de Saint-Marsan, fechada el día 13 (2), pero tenemos la del 15 (3), en la cual apela á todos los recursos para dar crédito á las afirmaciones de Hardenberg de que todo cuanto éste hacía ó consentía estaba impuesto por la fuerza de las circunstancias y por la necesidad de asegurar al rey un rincón en donde refugiarse y calmar la agitacion pública, sin que esto significara un cambio en el sistema de Prusia, que seguía siendo el mismo de antes. El ministro francés escribe textualmente: «Me complazco en creer que el plan del momento es tal como lo ha

(1) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 171.

(2) Que el día 13 la envió, despréndese de las *Disertaciones*, de Stern, pág. 404, nota 1.

(3) Fain, tomo I, págs. 231-236.

anunciado Hardenberg; pero no sé si subsistirá, si se podrá resistir á la violencia en el caso de que á ésta apele inmediatamente el emperador Alejandro, y si será posible oponerse á las indicaciones del partido que en el interior se muestra hostil á nosotros, en el caso de que S. M. el emperador no crea conveniente conceder á Prusia una eficaz benevolencia. Sé de buen origen que al rey se le ha hecho creer nuevamente que, sean cuales fueren los sacrificios que haga, su ruina es inminente. La negativa á pagar toda cuenta, el clamoreo que el acto de York ha promovido, y, sobre todo, el propósito de no permitir que se negocie para tratar de la neutralidad de Silesia, han reavivado sus temores. — Precisamente, despues de haberme opuesto yo á esta negociacion se ha ampliado notablemente la leva de los jóvenes, segun vucencia habrá podido verlo por los periódicos de Breslau. A pesar de todo esto, si S. M. el emperador cree conveniente á sus intereses conservar la union con Prusia, por poco que haga en favor de ésta será muy fácil conseguir que el rey continúe en la senda que hasta ahora ha seguido. Se refrena un poco el lenguaje de los jóvenes y se ha dirigido una enérgica censura á un profesor que se ha permitido enardecer á sus oyentes haciéndoles comprender que el enemigo de que se trata era el ejército francés (4).»

Respecto del exterior, de tal manera se siguió guardando el secreto sobre el verdadero sentido de esta política, que el mismo general Scharnhorst escribía, en 12 de febrero, á su hija la condesa Julia de Dohna lo siguiente: «Algunos hombres se dejan aquí llevar de un entusiasmo necio que no puede conducir á nada bueno, y que se desvanece como las bolas de jabón. Únicamente son razonables el feld-mariscal Kalkreuth y el general Grawert, pero aun de éstos el primero está inficionado y se permite frases imprudentes acerca de la desgracia de los franceses. Aquí se miran con abominacion la traicion del general York y los folletos de A(rndt) que nos son enviados por maestros de postas traidores (5).» De este modo necesitaba disimular el mismo Scharnhorst sus sentimientos en medio del torrente de entusiasmo popular que hacia vibrar en lo mas profundo de su alma las fibras del mas alegre y legítimo orgullo: legítimo, sí, porque á la sazón se veía el ejército, hasta entonces invisible, que él había preparado en los días de la dominacion extranjera; se miraban realizados los milagros del servicio general obligatorio que él había profetizado, cuando sus teorías eran calificadas de locura por unos, por otros de escándalo, y era un hecho superior á toda esperanza su fe en la vitalidad y fuerza del idealismo que anida en todas las almas cultas.

La idea del servicio militar general no era en Prusia ni nueva ni extraña, pues en principio existía desde la ley cantonal de 1733 que Federico Guillermo I había introducido, dándose á conocer tambien en esto como el monarca de mas genio entre los de su tiempo. Sin embargo, había consentido en que en aquella ley se establecieran exenciones: en efecto, hallábanse exentas del servicio la nobleza de sangre y la propietaria — que se componía de los que poseían por valor de 10,000 thalers — pero esto limitaba en poco la eficacia del principio fundamental general, pues la nobleza de sangre servía voluntariamente y personas que tuvieran 10,000 thalers eran entonces muy escasas. Pero el deber de servir en el ejército cesó de hecho en tiempo de Federico el Grande y de derecho en tiempo de Federico Guillermo II (reglamento cantonal de 1792) para los habitantes de las ciudades, para las clases ilustradas y la clase media industrial, á lo

(4) Respecto del profesor Steffens, á quien se hace referencia, véase mas adelante.

(5) Klippel: *Vida del general Scharnhorst*, tomo III (Leipzig, 1871), página 659.

cual se debieron aquel florecimiento de la industria y aquel aumento de la poblacion de las ciudades, cuyo fomento consideró con razon Federico como la suprema mision de su vida, despues de haber ganado, á costa de grandes sacrificios, la Silesia y de haber sostenido con gloria la guerra universal de los siete años. Con la reorganizacion del ejército prusiano — cuyos fundamentos conocemos — desaparecieron los *extranjeros* reclutados, que, por lo demás, eran en su mayor parte buenos alemanes oriundos de los Estados pequeños y sobre todo de los eclesiásticos y con los cuales se llenaban los vacíos de la leva en el país. Que convenia extender de un modo im-

portante el servicio militar á los propiamente hijos del país, era cosa indiscutible; la cuestion estribaba en ver si á las clases del pueblo hasta entonces exentas de él debía otorgárseles, por lo menos, el beneficio de hacerse reemplazar por sustitutos pagados, sustitucion que en Francia existía de derecho y que de tal modo se consideraba tambien facultad indiscutible de los propietarios que los mismos patriotas de la dieta de Königsberg la introdujeron inocentemente en el proyecto de ley de milicia de Clausewitz. El ministro Altenstein había recomendado al comité del ejército de 1810 (Scharnhorst, Boyen, Hake y Rauch), que permitie-



Enrique Steffens. — De un dibujo de O. P. Hansen (1845)

ra la sustitucion, pues «el interés de la civilizacion» exigía que se respetara á las clases elevadas, con lo cual salía además ganando el interés del ejército, ya que estas clases poco servicio hubieran podido prestarle «en lo que á fuerza corporal se refriera.» «Permitiendo la sustitucion por individuos de la clase baja, ó de la clase corporalmente mas fuerte, si es que suena mal la palabra baja, se atenderá al bienestar de los militares y se suavizará la opresion de una leva general.» A esto se contestó que la fuerza de que aquí se trataba no había de ser considerada simplemente como una máquina que solo se moviera al impulso de la voz de mando del general, sino que se necesitaba además una palanca moral para dar á esa fuerza una actividad útil, y en este concepto la voluntad mas vigorosa de las clases ilustradas sería infinitamente mas importante que la fuerza ruda y sin vida. «La leva general no solo pondrá á disposicion del Estado Mayor una masa de hombres, sino que además extenderá en las filas de los soldados las ideas sanas de las clases ilustradas, sobre todo el principio del honor, y dará de esta suerte al ejército una inteligente preponderancia de que carece, como

una triste experiencia lo ha demostrado á la nacion mas ruda y mas valiente en su lucha contra los ejércitos de Francia.» Lo propio que para el ejército, era el servicio militar general un bien para la nacion, al paso que la sustitucion, el derecho de redencion concedido á los propietarios, engendraba un tráfico de almas que envenenaba y destruía las costumbres y el carácter nacionales, como lo demostraba la experiencia hecha en Francia. Scharnhorst en un arranque de entusiasmo exclamó: «El deber general de defender á la patria no contiene rasgo alguno innoble y si algo puede elevar de nuevo el espíritu de la nacion es indudablemente este deber (1).»

La circunstancia de aparecer inmediatamente despues del llamamiento de 3 de febrero la ley coercitiva del 9 demostró que se tenía poca confianza en la espontaneidad de los llamados, pero pocos días despues, en el tercer manifiesto que ya conocemos, hubo de hacerse público el éxito mágico que avergonzó á los que tal desconfianza habían tenido. Entonces comenzó el armamento para la guerra santa que revistió

(1) Lehmann, pág. 274.